

Donde llueven las piedras

Viene de la página anterior

La misma pasión antidualéctica de la Historia parece regir el relato. Todo lo que en *La piel fría* o *Pandora en el Congo* era sistema y perfección, orden cerrado de símbolos y alegorías, cálculo y alusión, aquí es proliferación; festín y desafuero; fuga, carnaval y arquitectura rebelada contra sí misma. La novela cae y padece en algunos lances. No es creíble la voz de narradora última de Waltraud, al trasladar al papel hasta los apóstrofes que Zuviría le propina en el dictado. La intención habrá sido sorprender la escritura en su proceso, como ironía del historicismo (además de que la mediación de la extranjera justifica el uso del castellano en vez del catalán: p. 14); pero narrativamente no funciona. A veces, el autor olvida que la perspectiva pertenece sólo a Zuviría: es imposible que éste nos pueda referir las reacciones privadas del Duque de Berwick al otro lado del asedio (p. 541). Zuviría se anticipa a la objeción (p. 525), explicando que más tarde conseguiría hacerse un cuadro general; pero es más bien una licencia de autor. Ocasionalmente el relato cae en cierto prosaísmo técnico o en la lección histórica. Lo que se quiera; que como su protagonista, sin cuerpo para tantas costuras, la novela sale y vence en su huida hacia delante.

«Delenda est Historia»

He aquí una derrota histórica de la que surge purificada la patria verdadera. Una pérdida total, la de Zuviría, que le deja un lugar inexpugnable en la memoria: «¿Qué es una casa, un hogar? A menudo [...] el recuerdo de una melodía» (p. 496). Por qué, en definitiva, «Victus», y no «Victa»: porque al fin es vencido el individuo, el pueblo (anónimo, sin más lógica que sus pasiones) y no la ciudad, la nación (espejismo, sorda reunión de intereses). Por eso, ni en catalán ni en castellano, la novela se titula en latín, lengua franca ahora de los eternos derrotados por la Historia, en su divisa predilecta y secreta: «persona non grata». Tomando ese partido, Sánchez Piñol se ha puesto justo donde llueven todas las piedras. Para la ingeniería poliortótica, lo contrario a un punto ciego: el inconveniente ángulo de todas las luces. Excepcional.

LECTURAS

La provincia pedagógica

A propósito de Abbott, la doble cara de la paternidad contada por Chris Bachelder



RICARDO MENÉNDEZ
SALMÓN

Cualquier padre sabe que no existe contradicción entre las siguientes proposiciones: «Si tuviera la ocasión, a) Abbott no cambiaría ni uno de los elementos fundamentales de su vida, pero b) Abbott no soporta su vida». Alter ego de Chris Bachelder, autor de tan memorable razonamiento, Abbott es padre de una niña de dos años y está a punto de tener un segundo bebé. Durante el verano que precede a ese nacimiento, Abbott nos traslada, con belleza, sinceridad y hondura, el misterio, la maravilla y el regocijo de ser padre. Pero también el hartazgo, las miserias y el spleen que la paternidad genera. Ambas caras de la moneda están reflejadas con singular emoción y honestidad. Porque si, citando a Keats, «nada más elegante que vivir en la paradoja sin embarcarse en una búsqueda irritada», no es menos obvio que, expresado a la manera de Abbott, «un hijo es un caballo de Troya, un ardid».

Cabe en este libro todo el complejo arco de emociones que los vínculos de sangre regalan: desde el asco hasta el éxtasis, pasando por la nostalgia, el terror o la epifanía. Bachelder indaga también en las consecuencias no siempre benignas de la paternidad. Fundamentalmente, dos: la pérdida de una vida propia en beneficio de un millón de nuevas y a menudo tediosas obligaciones, y la labor de demolición que los hijos generan en el seno de la pareja. Es aquí donde el libro resulta inmisericorde, pues su retrato de este matrimonio a punto de convertirse en padres por segunda vez, arroja más luz que cualquier tratado sociológico sobre un hecho en apariencia contradictorio. Esto es: que la paternidad, a menudo, significa una catástrofe para el amor.



PABLO GARCÍA

Bachelder ha escrito un libro delicioso y al tiempo tóxico, pues es imposible no sentirse aludido por él, para lo bueno y para lo malo. Capítulos como el que dedica a los miedos que una siesta desacostumbradamente larga genera en un progenitor, merecen por derecho propio inscribirse entre las mejores páginas que se han escrito acerca de los fantasmas (y la estupidez) que acosan a todo padre. Otros, como el de la visita del hombre que arregla la nevera del protagonista, mientras con la perspectiva de quien ha sido padre hace ya veinte años relata lo que la vida de Abbott esconde, son de una deslumbrante maestría.

No sé si hace falta haber sido padre para disfrutar el libro como merece. Pienso que quienes no son padres leerán ciertas páginas con una sonrisa escéptica. Quien esto escribe, que como Abbott ha vivido dos veces la esquizofrénica experiencia de a) no querer cambiarse por nadie en el mundo y, al tiempo, b) desear habitar un planeta donde no existan los hijos, puede dar fe de que

todo lo que se cuenta en el libro es la verdad, la pura verdad y nada más que la verdad. La verdad exquisita y abominable de tener descendencia y saber que, quien hace de tu vida una experiencia única, es también la carcoma que te devora sin remedio.



A propósito de Abbott
CHRIS BACHELDER
LIBROS DEL ASTEROIDE, 2012

La brújula. POR EUGENIO FUENTES

Viaje imprevisible con un cerebro desvelado

Lo normal es que nunca hayan oído hablar del estadounidense Blake Butler (1979), pese a que desde 2009 ha publicado ya un libro de relatos y dos novelas, además de este autobiográfico *Nada. Retrato de un insomne*, su última entrega. Claro que, a partir de ahora, ya no tendrán excusa, porque *Nada* está en español gracias al fino olfato de Alpha Decay, la editorial con vocación de tender puentes con la producción ultramarina más fresca.

Butler sorprende siempre: irrita a los irritables, satisface a los ávidos de novedad, es culto y derrama la frescura que da estar más cerca de los 30 que de los 40. *Nada* se inicia con el relato de una noche de infancia en vela a la que seguirán otras muchas, que serán otros tantos acicates para recuperar recuerdos, lamentar olvidos, hacer la disección de increíbles mecanismos cerebrales, narrar extravíos o escribir subcapítulos como «Una historia abreviada de la noche». Lo llaman memorias y lo llaman ensayo, pero en su sutil y fascinante camino hacia la nada ¿qué lo diferencia de una espléndida novela?



Nada.
Retrato de un insomne
BLAKE BUTLER
Trad. de Rubén Martín
Alpha Decay
384 páginas
28 euros

De cómo el tiempo vuelve nuevo lo viejo

Poe, el padre del cuento moderno, sostenía hacia 1847 que si Hawthorne no lograba seducir a sus contemporáneos era por su vetustez. Puede que en esos años centrales del siglo XIX, cuando apenas hacían eclosión los huevos de la modernidad, Hawthorne tuviese un regusto gótico que disgustase a Poe. Puede también que a sus personajes les faltase profundidad decimonónica. Hoy, sin embargo, leer cuentos del maestro de Salem es una delicia, tanto por su exquisita y concisa prosa como, paradojas evolutivas, por la modernidad de unos personajes cuya supuesta vacuidad prelude el vacío contemporáneo.

El *espantapájaros* que ahora recupera Periférica en impecable edición de Juan Sebastián Cárdenas —responsable de un esclarecedor posfacio— es una de las cimas de la cuentística de Hawthorne. Una bruja fabrica un espantapájaros tan perfecto que decide dotarlo de vida y lanzarlo al mundo con la misión de seducir a una joven. Alegórica fábula —con la moraleja que tanto odiaba Poe—, según Cárdenas, puede ser vista como «vanitas».



El espantapájaros
NATHANIEL HAWTHORNE
Traducción y posfacio de Juan Sebastián Cárdenas
Periférica
70 páginas
11,50 euros